



LA SAMARITANA.

EXORTACION

Para que vengan á verdadero conocimiento de si mismas las Samaritanas del siglo presente, y olviden las cosas mundanas, á ejemplo de lo que aqui se sigue.

Un viernes partió el Señor
á la ciudad de Samaria,
y antes de entrar en poblado
el calor le fatigaba,
mas á un pozo que alli habia,
derecho á él se encaminaba;

sobre el brocal recostóse
como que cansado estaba;
al punto vido venir
á la misma que esperaba
con un cántaro en la mano,
y era la Samaritana;

pidó el Señor que le diese
una bebida de agua,
que él en premio le daría
otra de mas importancia,
que jamás tendría sed
como llegase á gustarla;
á lo que le respondió,
sin saber con quien hablaba:
pues si tiene tal virtud,
dadme, Señor, de esa agua,
para nunca tener sed;
y el Señor le dijo; aguarda,
anda y llama á tu marido,
y ven con él en compañía:
que no es bien una muger
de la ciudad sola salga,
respondió: Señor no tengo
marido ni soy casada.
El Señor dijo; es verdad,
dices bien, Samaritana,
que de cinco que tenias
sin ninguno ahora te hallas;
tuviste cinco galanes
dando escándalo en Samaria,
y aqueste cántaro es
encubridor de tu infamia.
Refrena, muger, tu vida,
no vivas tan descuidada.
Palabras fueron aquestas
de muchísima eficacia.
Entonces la pecadora
abrió los ojos del alma,
diciendo: tú eres profeta
que mis pecados declaras,
y penetras mi interior
sin que te se olvide nada;
si lo eres, dimelo.
Y el Señor así la habla
diciendo: yo no soy profeta,
que soy de esfera mas alta:
soy Hijo del Padre Eterno,
el Mesías que te aguarda,
que desde el cielo ha venido

para redimir las almas.
Entonces la pecadora
puesta en tierra arrodillada,
le dice: dulce Jesus,
perdonad aquesta ingrata,
que yo en el mundo he vivido
cometiendo mil infamias.
Quebró el cántaro, y al punto
volvió al mundo las espaldas;
así las volvamos todos
para bien de nuestras almas.
Imitemos, pecadores,
por Dios, la Samaritana,
para poder alcanzar
en premio la gloria santa.

DESPEDIDA DE LA SAMARITANA.

Despues que fue convertida
le gentil Samaritana,
así clamaba al Mesías:
Señor, ¿quereis que me vaya
ó acabe con Vos mi vida?

Díjola Cristo: excelente,
antes que á mi patria escelsa,
á Samaria irás prudente
á publicar la grandeza
del Autor Omnipotente.

Allí fue el mayor dolor;
cuando ya se despedía
del supremo Redentor,
con amargura decia:
adios, mi dulce Criador.

Adios, pozo de Jacob;
adios, archivo profundo,
adios, engañoso error
adios, galanes y el mundo,
que me voy con mi Señor.

Adios, cántaro, decia,
adios, soga de terror,
adios, agua cristalina
ya se acabó mi ambicion,
que me voy con el Mesías.

Adios, garrucha y pozal,
adios, carril ponzoñoso,
decia con mucha afan,
que me voy al Reino hermoso
del empireo celestial.

Adios, Jesus amoroso,
con lágrimas repetia,
adios, adios, Dueño hermoso,
de tan dulce compañía
no me fuera, amado Esposo.

La Magestad soberana
dijo; ves, esposa afable,
á predicar á Samaria,
y vendrás á acompañarme
á las alturas sagradas.

Por tan dulces despedidas
te ruego, Samaritana,
que supliques al Mesias
que corone nuestras almas
en las altas gerarquias.

COPLAS.

DE LO QUE PADECIO NUESTRO AMADO JESUS EN LA SAGRADA PASION.

Hoy se dispone Jesus,
el inocente Cordero
solo para darnos luz,
á cargar con el madero
tan pesado de la Cruz.

Ya llegó al sitio Jesus,
donde está la cruz amada;
en sus hombres con dolor
se la carga, y tú con nada
le ayudas al Redentor,

Mira el cerebro sagrado
cual le tiene y no imaginas,
ese tu vicio malvado,
le ha coronado de espinas;
alma, llora tu pacado.

Y su frente delicada
si con atencion la miras,
ya la verás traspasada
con setenta y dos espinas
que la tiene lastimada.

Mira los ojos, que lirios
parecen de tan morados,
que son de sangre dos rios,
no es mucho esten entelados,
cárdenos y entristecidos.

Mira sus sacras megillas
que al sol y luna oscurecen,
como están desconocidas
de lo que por tí padecen;
alma, tu siempre te olvidas.

Mirale á su hermoso Rostro
que está manchado en salivas;
como si fuera alevoso,
de gentes desconocidas;
alma, llora por tu Esposo.

Mira los dientes qué frios
los tiene todo tu Bien,
y de golpes conmovidos;
¿quién será la causa? ¿quién?
tus delitos cometidos.

Mira la hermosa garganta
cual la tiene el Criador;
una soga que amedrenta,
atada con tal rigor
que hasta las piedras quebranta.

Alma, mira de qué suerte
tiene tu Amado los hombros,
de aquel madero tan fuerte,
que á ti no te causa asombro
y á Cristo le causa muerte.

Mira la espalda y verás
nacer corales divinos;
hirieron con crueldad,
con hierros y con espinos
la gente de Barrabás.

Si le miras al costado
mirale con atencion;

la lanzada que le han dado
le traspasa el corazon
por tus culpas y pecados.

Si le miras á las manos,
bien puedes considerar,
que á Cristo por los humanos
le vinieron á quitar
la vida entre duros clavos.

Si le miras á los pies,
verás dos llagas que al alma
le dan salud, y despues
triunfan con gloria y palma
solo por ser Dios quien es.
Quien tenga esto en la memoria,
como muera penitente,
subirá á la eterna gloria
ante Dios omnipotente.

A LA MUERTE DE CRISTO NUESTRO REDENTOR.

La tarde se obscurecia
entre la una y las dos,
que viendo que Cristo muere
se vistió de luto el sol.

Tinieblas cubren los aires,
las piedras de dos en dos
se rompen unas con otras
y el pecho del hombre no.

Los ángeles de paz lloran
con un amargo dolor,
que los Cielos y la tierra
conocen que muere Dios.

Como Cristo está en la Cruz,
diciendo al Padre: Señor,
¿por qué me has desamparado?
¡Ay Dios, qué tierna razón!

¿Qué sentiria su Madre
cuando tal palabra oyó,
viendo que su Hijo dice,
que Dios le desamparó?

No lloreis, Virgen piadosa,
que aunque se va vuestro Amor
antes que pasen tres dias
volverá á verse con Vos.

Ay, Hijo, la Virgen dice:
¿qué madre vió, como yo,
tantas espadas sangrientas
traspasar su corazon?

¿Donde está vuestra hermosura?
¿Quién los ojos eclipsó,
donde se miraba el Cielo,
como en su mismo Autor?

Partamos, dulce Jesus,
el cáliz de esta pasion,
que Vos le bebeis de sangre
y yo de pena y dolor.

Esto diciendo la Virgen,
Cristo el espíritu dió.

Almas, sino sois de piedra,
llorad, pues, la culpa sois.

CARMONA=1855.

Imprenta de D. José María Moreno, Descalzas, núm. 11.